

El lugar de las ciencias humanas en Julián Marías

MARIANO YELA

Primero, Julián Marías ¿Qué decir de él? Pues que ahí lo tienen, ágil, como siempre, de cabeza y de pluma. ¿También de cuerpo? No tanto, que ochenta años y algunas hondas amarguras comienzan a pesar. Aunque —hay que añadir enseguida— no mucho y, si mucho, no insoportable, porque Marías es pródigo en alientos y esperanzas. Hace pocos años, subía delante de mí a la torre de la iglesia de San Pedro, en Munich. Al llegar arriba, se volvió y me dijo: "Mariano, son trescientos dos escalones. ¡Ya podían ser trescientos justos; estos dos finales son demasiado!". Hoy, tal vez, no se atrevería con esos dos últimos peldaños. ; Marías es, como señaló Lám, un pensador :en tiempo menesteroso. Empezó a escribir muy pronto y muy pronto a ser privadamente celebrado y oficialmente proscrito. Yo conservo la primera edición de su primer libro —*Historia de la filosofía*— que, en el año de su aparición —1941—, me regalo subrepticamente el Sindicato Español Universitario, una institución que públicamente lo silenciaba. Algo parecido le ha ocurrido durante toda su vida. Es escandaloso que no se le haya concedido ningún gran premio nacional. En realidad, ni a él le importa, ni a mí me escandaliza, porque de los hombres cabe esperar toda mezquindad y cualquier vileza. Pero me avergüenza. Me avergüenza, por ejemplo, tener el Premio Nacional de Filosofía: como Marías no lo tiene, me siento un usurpador. Aunque me consuelan unas palabras de Lope de Vega.

El premio, aunque es forzoso deseallo

Más vale merecello que alcanzallo

Y está claro que, para los muchos lectores de las muchas ediciones de sus muchos artículos:

y libros, Marías, los desee o no (qué es atribución incierta), merece de sobra todos los premios habidos y algunos más.

Marías es, desde luego y ante todo, filósofo. Y durante toda su vida ha ejercido la tarea *sine qua non* de filósofo: la visión responsable. Es decir, ver, descubrir, quitar velos a la realidad —*aléthia*—, dando razón de ello —*logan didónai*—. Para lo cual ha tenido que razonar- aprehender la realidad en su conexión-, pero, más radicalmente, ha tenido que atreverse. Esa es, según Marías, la *Razón de la Filosofía*: atreverse a plantear las cuestiones últimas, con ánimo de responderlas, aunque no se esté seguro de lograrlo.

La vida de Marías, nutrida de trabajo y esperanza, está también transida de incertidumbre, como la del caballero borgoñón, que citó Ortega: "rien ne m'est sure quería chose incertaine". Es una inseguridad humanamente inevitable, porque su vida y la mía y la tuya, como cada vida, está inexorablemente proyectada hacia el futuro y el futuro es inexorablemente incierto. Sin embargo, y a pesar de este fondo inseguro, la trayectoria vital de Marías apunta siempre, en la unidad de sus diversas pretensiones, en una misma dirección. Compárense, por ejemplo, sus artículos de *ABC*, los escritos en Madrid, durante nuestra Guerra Civil, y los que sigue escribiendo ahora. En ellos, como en sus incontables libros, se encuentra siempre el mismo Marías, la misma medida, la misma pulcritud lógica y ética, la misma autenticidad responsable e independiente, la misma discreta osadía, el mismo fondo insobornable. Y —qué le vamos a hacer, nadie es perfecto— una cierta propensión, que comparte con Ortega, a multiplicar las autocitas.

Creo que a Marías se le pueden aplicar literalmente los conocidos versos de Quevedo y Unamuno:

*No he de callar, por más que con el dedo
Ya tocando los labios, ya la frente,
Silencio avises o amenazas miedo.
Uno es el hombre de todos
Y otro el hombre de secreto
Y hay que librarse de modos
De hacer del sujeto objeto.*

Marías nunca ha escrito una palabra que ¡ocultara o deformase su convicción, ni ha callado cuando creía que su deber era hablar. A veces fue, después de la muerte de Unamuno, la única voz discrepante. Y, asimismo, Marías nunca ha hecho del hombre un objeto; una cosa, un instrumento. Toda su obra es un esfuerzo por mostrar el carácter a la vez contingente e irreductible de la realidad humana, personal, biográfica, proyectiva y dramática. Intentando cumplir su doble y fundamental vocación de verdad y libertad, instalado en nuestra lengua, ha proseguido la empresa de Unamuno y Ortega de elevar a significación filosófica nuestro idioma español. Recuérdense sus anáEsis de "ser" y "estar", de "encontrarse" y "quedarse", de "instalación", "condición" y "situación", de "vector" y "trayectoria":, o la estupenda invención del término *futurizo*:

Todo ello expresado-en un estilo sobrio, terso, claro, transparente. Animado, de vez en cuando, por rápidas e incisivas imágenes que iluminan súbitamente, como un relámpago, el sentido personal de una frase. Valga un ejemplo. Cuando se refiere a los escasos momentos de suma felicidad que por acaso acaecen en nuestras vidas, termina diciéndonos que en ellos "el tiempo parece detenerse, remansarse, y sentimos un regusto de eternidad, precisamente porque el tiempo ¡sigue manando sin estancarse, como el aguacen el remanso del río".

Marías es, en su más íntima raíz, un hombre ilusionado. Ha descubierto y estudiado ei doble y contrapuesto sentido que ha adquirido hace

siglo y medio en nuestra lengua la palabra *ilusión*. El está ilusionado, pero no es un iluso. Le ilusiona, por supuesto, filosofar. Ortega solía animarle: "Muy bien, Marías, siga; usted es intelectuaímente una apisonadora que no deja dificultades sin allanar". Y le ilusiona poder creer. Un día me dijo; "Se me ha muerto un hijo: si no fuera creyente, me habría suicidado". Otro día, declarando sin aspavientos sus estrecheces económicas de entonces, me confesó: "Mira, el día 28 nos quedaban dos pesetas; entonces, Lolita y yo decidimos dárselas aí primer necesitado y afrontar, limpios de polvo .y paja, casi desnudos, como dijo el poeta, los dos últimos días del mes".

Y con ilusión, no incompatible con cierto realismo melancólico, se ha enfrentado con la tarea de aclarar las cuestiones decisivas del hombre, las que apuntan a metas necesarias pero imposibles: la felicidad, la comprensión biográfica de la muerte, la contestación a las dos preguntas en que él resume toda la filosofía: ¿Quién soy yo? y ¿Qué va a ser de mí? Si la contestación a esta última es "nada" o "nadie", huelga, dice, la primera y nada tiene definitivo sentido.

Ecce homo. Ese es el hombre, o, al menos, algunos de sus caracteres más visibles. ¿Y su filosofía? Trataré" de resumirla en el mínimo espacio de que dispongo.

Parte de la filosofía de Ortega, que acepta, continúa y desarrolla. La metafísica es la teoría de la vida humana como realidad radical. La aprehensión, en mi vida, de su estructura, descubre los caracteres *a priori* de toda posible vida humana, en tanto que biográfica. *A priori*, porque sin eEos no puede haberla; pero no *apriorísticos*, porque se hacen patentes en el puro análisis de mi vida. La expresión máximamente condensada de esta estructura es la conocida frase de las *Meditaciones ^del Quijote: yo soy yo y mi circunstancia*. Yo, como programa; mi circunstancia, como mundo. Sin embargo, entre la estructura analítica de la vida y la vida de cada cual hay un eslabón que Marías echa en

falta. Es lo que llama la estructura empírica de la vida humana, que es así y podría ser de otro modo, pero que en su efectiva realidad empírica —el hombre— exhibe momentos estructurales cuyo análisis compete a una *Antropología Metafísica*, que Marías ha desarrollado ampliamente.

Esa estructura empírica de la vida *es el lugar teórico de todas las ciencias humanas*. La gran aportación de Marías es el descubrimiento del hombre como una estructura de la vida humana y el estudio de los diversos momentos estructurales que en esa vida empíricamente acontecen; el yo ejecutivo y futurizo, transitorio y más o menos firmemente instalado en un haz de trayectorias, en un mundo y con un cuerpo determinados, con una cierta sensibilidad, que podría ser otra y que» de hecho» va cambiando, como todas sus dimensiones empíricas; para quien resulta capital su condición sexuada; con un temple y un tiempo peculiares, modulado en edades y generaciones, en el que se cruzan la libertad, el azar, la vocación y el destino; siempre con

la un decir, un lenguaje y una lengua y en inevitable búsqueda de metas imperiosamente necesarias pero imposibles, como la felicidad, o, en fin, abocado a la muerte, a cuya realidad y sentido biológicos y biográficos necesita atenerse.

En esta perspectiva surgen y cobran importancia humana las preguntas sobre los recursos físicos, biológicos, psíquicos, sociales» culturales e históricos que hacen posible la acción biográfica, pero que no la constituyen propiamente. Su estudio corresponde a las ciencias positivas del hombre, Y termino. Gracias, Marías, por tus ideas, por tus palabras, por tu ejemplo, por tu amistad. Sigue, por favor, adelante. A mí, cultivador de una parcela de las ciencias humanas, me gustaría que examinaras, con amplitud, pormenor y rigor, las relaciones entre los recursos psicofísicos con los que se preparan, elaboran y realizan las acciones y el carácter radicalmente biográfico de la vida que con esas acciones el hombre escribe en la existencia.